

## Cuentos del paraíso de las islas

07

### 02-01 Los siete viajes de Gina Manfredi

[emilio.sola@cedcs.eu](mailto:emilio.sola@cedcs.eu)

Colección: E-libro: El paraíso de las islas  
Fecha de Publicación: 09/01/2022  
Número de páginas: 24  
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.  
Más documentos disponibles en [www.archivodelafrontera.com](http://www.archivodelafrontera.com)



#### Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

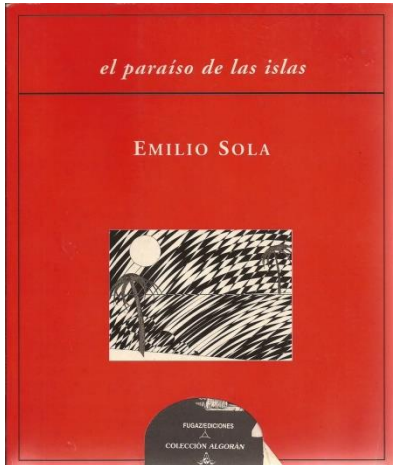
El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

[www.cedcs.eu](http://www.cedcs.eu)  
[info@cedcs.org](mailto:info@cedcs.org)

# Cuentos del paraíso de las islas

## 07

### 02-01 Los siete viajes de Gina Manfredi



“Los siete viajes de Gina Manfredi” fueron publicados en 1993 por la editorial Fugaz de Alcalá de Henares, y su tiempo literario llega hasta la muerte de la protagonista, la joven Gina, en el año 9 después de la gran guerra y de la muerte de Juan Bravo o JB, según la datación adoptada por el llamado “Paraíso de las islas”. Como siempre, es relato de un amanuense anónimo y su original procede de la llamada Biblioteca de don Borondón o de Naranjal. Se fragmentará en 7 entregas:

1-1, 1-2, 1-3, 2-1, 2-2, 2-3, y 2-4

He aquí el índice del relato, según salió en la edición de Fugaz:

#### 3.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (I parte).

PROLOGO, con DEDICATORIA incorporada.

- 3.1.- El día que Gina dijo no.
- 3.2.- El diecisiete aniversario de Gina Manfredi.
- 3.3.- Gina Manfredi en la Operación Ulises.
- 3.4.- El día del terremoto y la muerte de don Giovanni Manfredi.
- 3.5.- En vísperas de la gran guerra.
- 3.6.- Gina en Palermo, el día del estallido de la gran guerra y su dieciocho aniversario, conoce a Rocco Consales y a Pino Corso.

- 3.7.- Los tres chicos se encuentran a Antonio el Marinero y a María de la Soledad Muñoz Dolores y viajan con ellos a Ustica.
- 3.8.- La muerte de Juan Bravo vista por la tele en casa de Bártole, rey de Ustica, y desmayo de María de la Soledad.
- 3.9.- Viaje a Malta y encuentro con Mario Cassar y su mujer Paula.
- 3.10.- El señor Mamo se hace cargo de los asuntos del desmantelado imperio Manfredi.
- 3.11.- Una historia de telegramas y separación.
- 3.12.- Viaje a Gozzo e iluminación de Gina Manfredi en el mar de Comino.

#### 4.- LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (II parte).

PROLOGO segundo, con texto de Gina incorporado.

- 4.1.- Gina y Rocco viajan a Argel y la curiosa historia de Mariquita

- Linda o Luna Lorenzo.
- 4.2.- Historias de la casa-jaima de Zeralda, con la rebelión de las mujeres y la intervención del padre del cuchillo Lauari Bujudmi.
- 4.3.- Otras historias de la casa-jaima y el chico portugués Mario Pinto Godinho.
- 4.4.- El regreso del padre del cuchillo en la luna nueva de julio y una exposición de Rocco Consales sobre “Palermo restaurada”.
- 4.5.- Viaje a Valencia en el galeón de Antonio el marino.
- 4.6.- La casa del naranjal y Borondón el Babilónico.
- 4.7.- La foto “Las tres bellas preñadas”.
- 4.8.- La operación antiaduanas y la operación matrimonio burocrático y festivo.
- 4.9.- Viaje a Palermo y visita a la mancha negra.
- 4.10.- Felice de Catania, Ernestina Otromundo y el palacio Albergó Catania, en vía Maqueda de Palermo, con la historia del turco Terki y su Coronela.

- 4.11.- Nacimiento de Prisciliano en Mgar y los ocho años de Gina en Gozzo.
- 4.12.- Viaje de Gina Manfredi por la isla mayor Sicilia a través de sus textos.
- 4.13.- Muerte de Gina Manfredi y locura de Rocco Consales.
- 4.14.- El amanuense, en interpolación final, concluye la historia y nos da su nombre.



LOS SIETE VIAJES DE GINA MANFREDI (II PARTE)



*Prólogo segundo, con texto de Gina incorporado<sup>1</sup>*

“Ese no estar en absoluto satisfecha con tu creación literaria, con tu manejo de la lengua, con tu decir mismo, en lo hondo se confunde con una insatisfacción íntima hasta de tu propia visión del mundo y tu pensamiento sintetizador de él. No te gusta cómo eres ni como piensas, no estás satisfecha de tu acción misma. Quieres cambiar y llega un momento en el que el cambio es arduo, si no imposible. Eres así y así te manifiestas o expresas. Así creas o así escribes y no tienes fuerza, tal vez ni la deseas, para de otro modo conducirte y hacer. El tiempo de la formación ha sucedido ya, el cansancio te hace confiar en el tiempo de la recolección, y ésta -lo percibes a diario- no es copiosa como un día parecía apuntar”.

*A estas alturas del trabajo, el amanuense piensa que el relato de Gina Manfredi comienza a írsele de las manos. La caótica fragmentariedad de sus tres cuadernos, a pesar de que al principio le ilusionara pues pensaba que con ellos y los testimonios de tantos y tantos contemporáneos de la mucha-*

---

1. El amanuense segundo -simple mecanógrafo sin más- que pasara a limpio para el tipógrafo esta Historia tiene fundadas sospechas de que el texto de Gina Manfredi que abre el segundo prólogo, entrecomillado, es una interpolación. Tal vez del amanuense mismo. Habría que consultar los cuadernos de Gina en la biblioteca de Don Borondón.

266

*cha podría recrear y hasta construir un todo armónico, más que ayudar a su creatividad ha sido una auténtica máquina fabricadora de laberintos, sugerencias erradas, hipótesis sin posible puerta de salida, rémora. Piensa ahora que nunca hubiera debido aceptar el encargo confiado por don Borondón, en vísperas de su muerte y en su última entrevista. Así llegó a exponerlo en el departamento de informática. Pero sólo obtuvo como respuesta una confirmación formal de la opinión del Antiguo: él, el amanuense, aunque viejo con buena memoria y salud, era el tipo más indicado para terminar lo ya iniciado; "relea, por favor, los cuadernos de Gina Manfredi y viaje de nuevo por los lugares testigos de su vida; viaje a la tumba de Antón Dolores e instálese a la vuelta en la ciudad de los vientos. Y procure escribir allí, de un tirón y hasta el final, lo que le resta del relato". Era demasiado taxativa la respuesta para, moralmente, poder negarse a ello. Y aquí estoy, de nuevo, parto penoso, podría afirmar, intentando continuar, coronar, concluir... Aunque descontento conmigo mismo y mis posibilidades literarias, cumpliendo con un deber de cortesía para con los míos, para con el grupo. Vale.*

4.1.

El primer día del verano Gina y Rocco llegaron por avión a la ciudad-puerto principal de la costa de la antigua Berbería, la blanca y verde y empinada Argel. Al sobrevolar aquel tramo de costa creyeron ver, entrando en puerto, el galeón de Antonio; luego supieron que no había podido ser así pues llevaba tres días atracado en Sidi Ferrus, según les dijo en el aeropuerto, a donde había ido a esperarles, el propio Antonio. Pino Corso estaba con él y hubo tres abrazos de a dos, dos de a tres y uno final de a cuatro rematado en revolera de Gina y risas.

Mariquita Linda había sido en su juventud una gran cantante y una gran actriz. En lo más alto de la cresta de la ola de su fama se había enamorado de un estudiante de ciencias físicas, yanqui como ella, aunque ella de origen chicano, y éste, después de un año de tormentoso amor, la había abandonado, se había hecho camionero y había dejado la costa del Pacífico por la del Atlántico para poner tierra de por medio. Mariquita Linda había luchado mucho para olvidar aquella historia de amor que la trastornara, sin conseguirlo, y entre el alcohol, los sedantes, los estimulantes y otras drogas dieron al traste con su carrera artística y casi, casi, con su espléndida belleza. Un psiquiatra amigo le recomendó viajar, cambiar de aires, dejar su ambiente y su



trabajo por un tiempo y la chica, tras un semestre de forcejeos con los empresarios y abundantes sumas de dinero que sus abogados canalizaron de manera conveniente, se había echado a la mar vestida de blanco y con dos únicas maletas como equipaje en el primer crucero que su agencia de viajes de toda la vida le había sugerido, en el incógnito más absoluto, rumbo a Europa. A bordo del Japitravel, que así se llamaba el transatlántico, se enrolló con el capitán, un señor educadísimo de abundante barba pelirroja y fumador de pipa, pero no fue sino en Granada donde había de operarse el prodigio, durante un paseo, mañana de primavera, por la Alhambra.

En sus años espléndidos de cantante y actriz a Mariquita Linda le habían creado una imagen de rubia platino de ojos negros y tez morena que con el resto de su físico -muy americano y muy latino, un tanto tetona y caderona para la época, pero fetén- daba bien, todo un sex-símbol primero yanqui y luego universal. En los meses siguientes al abandono del estudiante de física y previos a su viaje a Europa, verdadero viaje de huida, lo primero que había recuperado Mariquita Linda había sido su color natural de cabello, negro brillante, regio; su tez se había aclarado o empalidecido un tanto, su silueta se había redondeado y le daba un aire de tía más buena aún, si cabe, aunque para un tipo de gusto más vulgar o menos sofisticado. Y, ya en Europa, la ex de tantas cosas se había decidido a ver al fin, a ponerse gafas, pues era un tantito miope, con lo que su nueva figura -casi siempre vestida de blanco- podía pasar completamente desapercibida para el gran público e, incluso, para los mismos reporteros especializados. Fue por todo ello por lo que había sido posible el prodigio aquella mañana de primavera en la Alhambra.

Ya en el Generalife aquel hombre joven y rubio vestido de amplia abaya blanca le había transmitido una rara vibración. Su imagen -el sol

en lo alto, casi mediodía- entre guiños de la luz en uno de los paseos bajo arboleda de aquel jardín, y más tarde enmarcado en uno de los arcos del pabellón al fondo del estanque de surtidores y macetas, era un raro destello -"flash", solía ella recordar, de manera más plástica-; volvió a verle pasar en el patio de la fuente de los doce leones y, a través del bosquecillos de esbeltas columnas su figura, le reconoció: era el estudiante, su antiguo amante, allí en Granada. Se le acercó por detrás mientras estaba el chico intentando sin duda descifrar una de las intrincadas inscripciones altas, y le dijo: "Tom". Se volvió sorprendido, no la reconoció, y le respondió en un español con fuerte acento yanqui: "Señorita, mi nombre es Abdallah". Y no hubo más. Mariquita Linda se disculpó con un casi inaudible "perdón" y se alejó de allí -el chico Abdallah la miraba alejarse como intentando alumbrar en algún oscuro rincón allá en el hondón de la memoria-, una sensación entre angustiada y placentera dentro que no la abandonaría hasta salir de aquel sagrado recinto. Mariquita Linda aseguraba en ocasiones, cuando rememoraba la historia para otros, que había sentido un orgasmo y que una dulce flaccidez, incluso, la poseía por el solo hecho de evocar la escena.

Todas las mañanas que siguieron a la del encuentro se las pasó Mariquita Linda en la Alhambra, y al séptimo día se encontró de nuevo con su joven Tom o Abdallah. En esta ocasión fue él quien se dirigió a ella nada más verla. "Señorita...", y le había tendido la mano y habían paseado por los jardines charlando apaciblemente. Ese día Mariquita Linda recuperó también su nombre, Catalina Lorenzo, alias Luna.

No la había reconocido. Se moriría sin saber que ella era la otra que había conocido tiempo atrás, en California, en su vida de estudiante de física. Pero, se lo contaba cada mañana, casi cada noche soñaba con ella y la veía en sueños rubia y pelirroja, morena, castaña oscuro o



270

castaña clara, según hubiera sido el tiempo atmosférico sol, viento, lluvia, nubes altas o nieblas. Hasta que se casaron -y desapareció como por encantamiento de sus sueños-, una vez Mariquita Linda fue admitida en el grupo de ramadaneros -como ya entonces comenzaban a llamarles- granadinos del que él formaba parte. Durante muchos meses, tal vez un año largo, fueron muy felices Catalina o Luna y Tom o Abdallah. Hasta que la muchacha se quedó preñada, le entraron angustias extrañas y obsesiones, comenzó a no poder soportar a la gente que la rodeaba y, una mañana de verano, en su cuarto o quinto mes de embarazo, hizo en secreto las dos maletas y abandonó a su Tom o Abdallah para tomar avión de regreso a yanquilandia; no sin antes dejarle una deliciosa y apasionada carta a su compañero, pero en la que no le descubriría su identidad de ex-Mariquita Linda.

En California le nació su Robert, a quien registró como hijo de Tom Weissmuller y Catalina Lorenzo. Con él, unos cuatro años después, en el tiempo de lanzamiento de la Gran Confederación, volvió a Granada en busca del padre de su hijo, ex-novio estudiante, marido todavía; ya no estaba allí, pero le localizó, finalmente, en la blanca, verde y empinada Argel, en las nuevas comunidades que se habían organizado en aquella zona por entonces, y enrollado -pues "emparejado" no designaría con precisión aquellas experiencias- con dos nuevas, podría decirse, esposas. En fin, un lío, pero bien. Después de avatares varios Luna Lorenza, ex-Mariquita Linda, se había instalado en Argel y pronto llegaría a jefa de una casa que había de hacerse famosa como casa-jaima por excelencia, modélico experimento.

Todo esto contado anteriormente con sumaria venía a cuento porque en casa de Luna Lorenzo, en la famosa casa-jaima, habían de alojarse Antonio, Gina, Rocco y Pino nada más llegar a Al Yesaer, a la costa de las pequeñas islas, antigua Berbería.

4.2.

271

Era Luna Lorenzo, ex-Mariquita Linda, una mujer encantadora y extrovertida. Diríase caprichosa, pero no: intuitiva y tenaz. A Gina la abrazó y besó y la quiso muchísimo desde el primer momento; a los hombres -a Antonio le conocía bien y desde hacía tiempo, su trato era como de colegas o con guiños frecuentes de complicidad- con cierta afectada dureza y coquetería, graciosa combinación. Y, siempre, muy habladora.

-¡Ay, chica! ¡No puedes hacerte una idea de lo que fue aquello! Imagínate que, de repente, todos los chicos parecía que se habían vuelto locos y sólo pensaban en casarse y casarse, y tus compañeras de marido y tú cada vez más hasta el moño... Luego, ibas y les decías algo, o les planteabas que estabas un poco harta de la cosa, y ellos te contestaban con aquello de la “experiencia nueva de llegar hasta el límite de una posibilidad legal...” Tom estaba enrolladísimo con aquello de la “experiencia nueva”... Porque yo siempre le decía Tom, ¿sabes?. Lo de Abdallah no me salía, sobre todo cuando él estaba presente y le veía la cara y le decía Tom, porque tenía cara de Tom, ¿comprendes? y no de Abdallah... Sin embargo, Abdallah Benamar sí tenía cara de Abdallah y a él le llamaba así a pesar de que Tom se cabreaba y me decía que por qué a Abdallah le decía Abdallah y a él no, si tenían el mismo nombre, y yo le decía que no era eso, que él tenía cara de Tom, a pesar de las darrajas y los alzanos, y Abdallah tenía cara y pinta de Abdallah a pesar de que vistiera pantalón de pana negra y camisa de sedilla roja, como Lauari el padre del cuchillo, que venía por aquí cada poco y se cachondeaba de nosotros y se moría de la risa con nuestras historias...



272 Gina se moría de la risa también con las historias de Luna Lorenzo; nada más tenía un ratito libre de quehaceres en la casa-jaima le decía a su anfitriona “sigue, sigue, Luna, cuéntame un poco de tal cosa”, y la otra le contaba feliz.

-Porque fue Abdallah Benamar el que, poco antes de la Operación Ulises, conectó con Lauari Bujudmi, el padre del cuchillo, que ya le conocerás porque un día de éstos regresa del sur, de la zona de la gran muralla verde, tal vez con la próxima luna nueva, y conectó con él justo en el momento en el que la llegada aquí de Ursula Fly y la encantadora muchachita que es Leila Naser a punto estuvo de provocar de una rebelión de mujeres, casi una verdadera guerra entre hembras y machos, Gina, te lo juro, no puedes hacerte una idea de lo que fue aquello... Hoy a mi me produce risa recordarlo, pero entonces era algo muy dramático y yo llegué a llorar y todo en más de una ocasión, mi hijo Robert por aquí correteando por todos los rincones de la casa convertida en cuartel general de mujeres airadas.

Y podía aparecer Robert, niño rubianco y desnudito, descolgándose por alguna de las ramas de árboles de la casa que invadían habitaciones abiertas y terrazas, y Gina podía tomarlo en sus brazos o pasárselo a Rocco si estaba por allí, quien, en sus hombros, lo paseaba como si fuera un jinete diminuto a bípedo caballo y terminaba zambulléndole en alguna de las acequias, o fuentes, o piscinas, que ya no se sabía, que refrescaban aquel espacio de la casa-jaima, aunque selvático, caluroso en verano. Porque era la casa-jaima de Luna Lorenzo y su grupo un verdadero laberinto construido a simple vista de manera caótica pero, tras un detenido análisis, con suprema sabiduría. En una antigua casa de labradores a la altura de Sidi Ferrus, entre playa Yamila y Zeralda, Abdallah Benamar -hijo de campesinos autogestionarios que desde tres generaciones atrás vivían en un pueblo socialista en el centro de

las tierras comunales en las proximidades de Zeralda- había obtenido permiso municipal para organizar una comunidad, bajo su responsabilidad legal, integrada por gentes de muy diverso origen, pero sobre todo por grupos de ramadaneros que llegaban de Granada y jóvenes que aparecían por allí en viaje de conocimiento y de contactos. La gran actividad en obras públicas en aquella región había hecho crecer desmesuradamente la comunidad, en poco tiempo y coincidente con el lanzamiento de la Gran Confederación -de la que Al Yesaer era país entusiasta protector-, a causa de lo cual había surgido la necesidad de ampliar los edificios de la antigua casa de labranza. Con muy buen criterio se decidió que no había que talar ninguno de los árboles del amplio terreno que la rodeaba, pinos, olivos y palmeras; con lo que las nuevas construcciones comenzaron a alzarse de una o dos plantas a lo más y con terrazas, según las tradiciones de la región, articuladas en torno a los árboles e integrando, incluso, su tronco y copa en la estructura misma de los edificios. Así surgió lo que luego llamarían casa-jaima, imaginativo laberinto a la sombra del bosquecillo de pinos, o que se alzaba hasta integrar las copas más hermosas y frondosas en peculiares salones semiterrazas, o que se curvaba o enroscaba en patios interiores en torno a algún bellísimo o bellísimos ejemplares de árboles que abovedaban con su ancha copa el nuevo e íntimo no se sabía ya si interior o exterior.

273

La llegada de Luna Lorenzo con su hijo Robert de la mano, primero, y la llegada de Ursula Fly y de la casi niña Leila Naser -en su viaje procedente de Alejandría, en Egipto, huyendo de un matrimonio apalabrado por sus padres con un hombre mayor y brutal de quien toda la vida habría de conservar un recuerdo detestable- provocaron una tremenda conmoción en aquella comunidad que daría al traste con la influencia creciente de los grupos extremos de ramadaneros. Sólo la prudente actuación de Abdallah Benamar, responsable legal del grupo, y



la presencia refrescante de Lauari Bujudmi, solicitada al efecto por Abdallah Benamar, pudieron evitar el peligro de guerra abierta machos/hembras y canalizar pacíficamente toda aquella energía desencadenada. En una tormentosa y divertida asamblea en torno a las prestigiosas figuras de los dos argelinos, se consiguió perfilar con primor una solución de compromiso provisional. En principio, todo el mundo se divorció de todo el mundo; en plena asamblea se hizo con la fórmula más simple que conocían, que era que cada tío le decía a cada una de sus tías “te repudio, te repudio, te repudio”, así, tres veces. Luego se estableció que se redistribuyeran las zonas de habitación de cada uno de los miembros del grupo en las diferentes alas de la casa-jaima de tal manera que todas las antiguas parejas o núcleos familiares quedaran físicamente separados, los niños con sus madres siempre. Para evitar la extremada dureza de los planteamientos de Ursula Fly y la ingenuidad de Leila Naser, aunque deliciosa y sincera muy peligrosa en aquellas circunstancias, Luna Lorenzo fue elegida responsable o jefa del ala sur de la casa-jaima, el sector arquitectónico que giraba en torno al patio cuadrado y diminuto de las cuatro altísimas palmeras que sobresalían por encima de todo el conjunto de construcciones y cuyas terrazas altas, con partes acristaladas y partes abiertas, tanto subyugaban a la yanqui-chicana. Ante la sonrisa satisfecha del padre del cuchillo, Abdallah Benamar fue elegido jefe o responsable del ala este, la del laberinto del olivar y del pinar y el gran patio circular abovedado por el pino viejo en donde estaba el estanque de los patos.

En poco menos de una hora se hizo la mudanza; los integrantes del grupo tenían cortas pertenencias personales y los visitantes viajeros de conocimiento y de contactos ayudaron, a la vez que elegían su propio lugar al no haber emparejado casi ninguno de ellos todavía. Una vez hecha la mudanza, volvieron todos a reunirse en asamblea y a propuesta del padre del cuchillo se decidió que, de allí en adelante, toda

nueva relación sentimental se haría “de visita”, de manera que los habitantes del ala sur se desplazarían al ala este, y viceversa, cada vez que quisieran entrevistarse con cualquier compañero o compañera. Casi todos estuvieron de acuerdo; las protestas fueron muy minoritarias. Se iniciaba, así, una nueva etapa en la vida de la comunidad, etapa que a todos ilusionaba ver en lo que iba a desembocar. El padre del cuchillo había podido viajar al sur, como tenía previsto, con un grupo entre los que se contaba Leila Naser y Ursula Fly, a la zona de la gran muralla verde y los oasis, para la gran luna de julio. Fue el momento en el que Antonio el marinero y, luego, los viajeros procedentes de Malta llegaron a la casa-jaima de visita.

275

#### 4.2.

Pino y Antonio se habían alojado en el ala este, pero Luna Lorenzo insistió en que Gina, y con ella Rocco, se alojara en el ala sur, cerca de ella, para poder charlar más a su gusto durante las agradables noches en las semiterrazas bajo las palmeras. A Gina le pareció bien la sugerencia; a cada uno se le asignó el rincón elegido para pasar sus noches, en principio, así como mantas, almohadas o cojines, colchoneta, alfombra y luz. Este azar inicial en el reparto de lugar para dormir había de tener una inesperada trascendencia en el desarrollo de las relaciones de los visitantes procedentes de Sicilia y Malta y los habitantes de la casa-jaima.

A media tarde llegaba a la casa-jaima la gente que trabajaba fuera y los grupos que trabajaban dentro procuraban tener todo dispuesto para



su llegada, cena y salas listas, música y fiesta o sesión de cine con frecuencia, la biblioteca y el taller en orden. A la hora de establecer los turnos para el día siguiente, Luna Lorenzo era de una perspicacia supranormal: nada más ver la expresión del rostro del que llegara sabía si al día siguiente podía volver al trabajo o debía quedarse en la playa o trajinando algo sencillo en los jardines y huertos; muy pocas veces se equivocaba. Distribuidas las funciones de cada uno en el trabajo fuera y en el trabajo dentro, comenzaba el tiempo de distensión, la tercera parte del día, la preparación del sueño.

Pino y Antonio habían incluido su galeón en los programas de cabotaje entre Argel por el este y Tipaza por el oeste y había abundante carga cada día. Cuando volvían por la casa-jaima, se arreglaban en el ala este y se iban de visita al ala sur. Rocco y Gina se integraron en los grupos de trabajo dentro. “¿Qué sabéis hacer?”, les había preguntado Luna Lorenzo; tuvieron que responder, y fue Rocco el que habló, “prácticamente nada”; se sintieron algo avergonzados, como carne del sector servicios o algo así; ni siquiera como mensajeros podían actuar por su mal conocimiento de la región, aunque Rocco alguna vez, como chófer, pudo acompañar a mensajeros, de manera que sólo en muy contadas ocasiones, en alguna excursión, dejaron la casa-jaima durante el tiempo que permanecieron en aquel tramo de costa de la antigua Berbería. Al final de la primera semana con aquel ritmo de vida, acompasado al ritmo general del grupo de la casa-jaima, ya se habían fijado las relaciones “de visita”. Pinto y Antonio terminaban quedándose a pasar la noche en el ala sur, en el rincón de Gina y Luna respectivamente la mayoría de las veces; Rocco recibía en su rincón a algún visitante del ala este o se iba a dar una vuelta hasta el estanque de los patos, sobre todo si el niño Robert Weissmuller no tenía sueño y le convencía para que le paseara a hombros un rato, y, o bien se quedaba a dormir en el ala este en el rincón de alguno de sus moradores, o

bien volvía, sólo o con algún otro u otra paseante, a su rincón del ala sur. A raíz de su descubrimiento del taller, en las últimas semanas de estancia en la casa-jaima, Rocco pasaría muchas horas en vela enrollado con el dibujo, un muchachito portugués que estaba en viaje de conocimiento y de contactos, extraordinario dibujante de sicología atormentada, silencioso compañero allí a su lado.

277

Luna Lorenzo les había contado una vez, en una de las tertulias del atardecer en la semiterraza compartida con las palmas bajas de las palmeras, la llegada y primeros días de estancia en la casa-jaima del muchacho portugués Mario Pinto Godinho, al que todos llamaban Pinto Godinho a secas.

-Piojoso, desarrapado y despavorido, chicos, no os podéis hacer una idea de cómo llegó a esta casa el chiquito portugués la pasada primavera, la semana anterior al inicio de la guerra. Casi no comía ni bebía, se pasaba las noches vagando por los patios y azoteas de la casa-jaima o salía a la playa por la noche y se quedaba horas y horas sentado frente a lo oscuro sonoro, sedante para él, mar de noche. Y en medio del descoloque general que en esta casa produjo la gran guerra, el chiquito portugués se encerró en el taller y comenzó a dibujar con frenesí enfermizo niños con paloma primero, niños con jaula de jilguero o de canario, niños con jaulas con periquitos... Pero sobre todo, y obsesivamente, el niño con la paloma, una y mil veces, de expresión de rostro muy triste, cada vez más autorretrato suyo, puro autorretrato suyo al fin, los últimos y más recientes hermosísimos. Algunos de esos dibujos los podéis ver por ahí, en el taller, en alguna galería, en muchas habitaciones; pero la mayoría se los fue llevando la gente que pasaba por aquí como recuerdo o como regalo para gente de otras partes. Los tres días que siguieron a la muerte de Juan Bravo, Pinto Godinho, en medio de la depresión colectiva reinante, pareció sumirse en un letargo sin salida; parecía no ver ni oír y la tercera noche, que conseguí meterlo en



mi cama, se la pasó, desnudo y delgadísimo como estaba, temblando entre mis brazos. Logré que durmiera un poco y, al despertar, que tomara el té que le habíamos preparado. Y se fue al taller y ese día comenzó a dibujar las cartulinas de los niños en la guerra y los niños en la casa de Zeralda, con las que todavía está enredado y que pronto editarán en el propio taller. Es una hermosura. Si os fijáis, cada rincón de la casa-jaima se despliega en las viñetas fantásticamente transformado pero reconocible, cada habitante de la casa y cada visitante en los rostros de esos innumerables niños con que puebla las cartulinas... Muy pronto apareceréis vosotros en las viñetas, ya verás, Gina.

Era verdad. Cada tarde los dibujos del día de Pinto Godinho, entre seis y diez planas, algunas veces más y pocas veces menos, se exponían en el tablón del taller para que la gente los viera. Rocco había observado que Pino y Antonio ya aparecían con frecuencia en las viñetas y que él mismo y Gina, sobre todo Gina, también habían comenzado a aparecer. Cuando en la luna nueva de finales de julio Antonio dijo que debían preparar viaje hacia casa de Borondón el Babilónico, Pinto Godinho y Rocco eran buenos amigos, después de largas horas juntos de trabajo nocturno en el taller, dormían casi cada noche uno en el rincón del otro en la casa, y al chico portugués, aunque parco en palabras, se le veía tranquilo, sosegado, calmo.

Y a Rocco. Mediado julio Rocco había encontrado en la biblioteca un voluminoso libro ilustrado sobre Palermo, su ciudad, lo había hojeado con deleite en el taller y se le había ocurrido dibujar alguno de aquellos monumentos fotografiados, aquellas manzanas de casas con frecuencia ruinosas, las cúpulas multicolores y esbeltas con tan abundantes desconchones y suciedad. Había hecho un par de láminas de dibujo minucioso de aquel paisaje urbano familiar y amado -Pinto Godinho se levantaba de su tablero de vez en cuando y se acercaba al

de Rocco para mirar por encima del hombro su trabajo y hacía un gesto de asentimiento antes de volver a su propio dibujo- en los que todo rastro de decadencia o degradación física había desaparecido. Aquellos dos dibujos terminados mostraban una Palermo nuevecita, como recién salida de la mano de un dios creador bondadoso y poderosísimo, armoniosa y limpia. A Mario Pinto Godinho le pareció una genialidad la idea de Rocco y esa opinión le animó a continuar la serie. Fue así como surgió la colección de treinta y cinco láminas que titularon “Palermo restaurada” en la exposición que al efecto se organizara para la fiesta de la luna nueva de finales de julio, fiesta que se pensaba despedida del grupo que un mes largo atrás había llegado de Malta y que había de partir en el galeón de Antonio rumbo a la costa levantina española, a la casa del naranjal o casa del viejo Borondón.

279

#### 4.3.

La luna nueva de finales de julio iba a estar llena de sorpresas. Todo el día previo a la fiesta nocturna el chico portugués se lo pasó en una febril actividad en el tablero de dibujo, mientras otros compañeros de la casa-jaima montaban la exposición “Palermo restaurada”. Y a eso de la medianoche, cuando a la puerta del ala este llegaban los viajeros que habían ido a los oasis del sur con el padre del cuchillo Lauari Bujudmi al frente y toda la casa parecía elevarse por los aires entre abrazos, bienvenidas y cantos corales o acompañados a laúd o guitarra, Mario Pinto Godinho, a la carrera por todas las galerías del laberinto de los pinos y los olivos, gritaba poseído por una excitación fuera de lo nor-



mal: “¡Los niños bien alimentados abrazan a los niños mal alimentados!”. Y así era: la larga historieta sobre la que llevaba semanas trabajando, la de los niños en la guerra y los niños en la casa de Zeralda, concluía con el abrazo entre los niños mal alimentados y los niños bien alimentados bajo la mirada tierna y alegre de la niña con rostro de Gina Manfredi que, en la viñeta siguiente y final, una plana entera, decía en bocadillo con fondo rosado: “Y todos fueron muy felices”.

La loca carrera de Pinto Godinho terminó en zambullida en el estanque de los patos. La alegría de todos los grupos, de toda la gente, no tenía límites; la fiesta continuaría hasta la madrugada. Una vez más, como tantas antes, la voz apasionada de Lauari Bujudmi sonó en la noche, atronadora, en el paraninfo-patio de las cuatro altas palmeras, rodeado de gente escalonada por todas las galerías semicerradas y en las terrazas bajo las palmas más bajas de los elevados penachos. En su voz, una posible síntesis final de tantas experiencias y meditaciones en el sur.

-Hoy ha sido un día muy especial. Bajamar escorada, de esas que sólo cada quince o veinte años nos es dado presenciar, acentuada con una seca de casi quince centímetros durante unos segundos, nuestro mar parecía abandonarnos y en toda esta costa hubo pánico bastante generalizado. Realidad dichosa: aún hay fuerzas sobrehumanas capaces de vapulear la petulancia de la que a diario los mezquinos humanos alardean. Perdonen las palabras. Aquí todos nos conocemos y sabemos que, al menos nosotros, no somos petulantes... Pero me siento muy feliz; necesitaba vapulear a alguien, aunque estuviera ausente, y a vosotros, amigos, os lo cuento. Nadie tiene derecho a interferir en nuestro aprendizaje y asunción de lo que es la muerte, todos lo sabéis, ni siquiera el más cercano que nos hace sentir físicamente eso que llamamos amor; y mucho menos esos ausentes, petulantes soberbios os decía, que

creen poder y hasta saber y que no dudan en decretar la muerte para otro cuando ni pueden ni saben retrasar la suya un sólo instante.

-No nos sueltes rollos, padre del cuchillo -interrumpió alguien desde lo alto, y algunos aplaudieron entre risas-. cuéntanos cosas más cachondas, que la basca está contenta y sin ganas de profundidades. 281

-¡Algo borde, tío! -dijo otro por allí-. ¡Lo de la mujer, su marido vicioso y el niño!

-¡Venga ya, chaval! -se le encaró Lauri Bujudmi-. Hoy no estoy para chistes. Si la basca quiere juerga que os toque el Pipo algo de salsa o sidi Jaled un poco de rai. Quien quiera música que se quede aquí, quien quiera cháchara seria que se venga conmigo al estanque de los patos, y quien nada de las dos cosas, que se dé un paseo por la playa o que se vaya a dormir, ¿contentos?

Como resultó que el Pipo tenía ganas de “cháchara seria”, de conocer noticias del sur, sin más, y se fue con el padre del cuchillo y otros hacia el ala este, sidi Jaled organizó un grupo de rai y al poco tiempo el patio de las palmeras, y todo el ala sur hasta el laberinto de los olivos y de los pinos, eran un estruendoso desmadre de bailones y jaleadores de músicos y bailones. Los pocos que decidieron irse a dormir se largaron a la playa o al extremo más alejado del ala este, adonde apenas llegaba un lejanísimo eco de la fiesta. Un grupo no tan numeroso como el de la juerga se instaló en el patio del pino grande y el estanque de los patos, en torno a Lauri Bujudmi. Pinto Godinho seguía en el estanque y nadaba como si nada sucediera a su alrededor. Luna Lorenzo y Abdallah Benamar -así como muchos de los que no habían viajado a los oasis, Gina, Rocco, Antonio y Pino entre ellos- estaban allí, deseosos de escuchar al colega.



-Nada especial sucedió en el sur porque nunca sucede nada importante. Visitamos amigos, echamos una mano en la gran muralla verde y en otros trabajos agrícolas, algunos se enrollaron en la construcción, nos trataron a cuerpo de rey, casi a mesuít por noche, mucha fiesta, mucha conversación... Supongo que como a ti, Antonio, por las islas con esa patera grande a la que te empeñas en llamar galeón...

Les contó algunas anécdotas divertidas y, finalmente, fue Gina la que terminó hablando de su vida y milagros, azuzada por Antonio. Al padre del cuchillo le dio risa tan disparatada historia.

-Así que de nuevo atacan los gorilas a don Borondón -dijo-. ¡Es increíble! Creo que me voy a acercar con vosotros hasta el caserón biblioteca del naranjal. Una manita no le vendrá mal al viejo en esta nueva guerra.

Abdallah Benamar comentó lo apacible que había transcurrido la vida en la casa-jaima desde la redistribución de lugares y las relaciones "de visita", y al padre del cuchillo le pareció lógico.

-Lógico, tú. No hay nada más enojoso que tu madre cuando te dice que no te metas el dedo en la nariz o tu padre cuando te da una moneda para que te compres chicle. Y lo que sobra aquí no es ni el dedo, ni la nariz, ni el chicle, sino la madre amantísima y mandona y el padre y la moneda. Y aunque estoy convencido de que al padre se le puede destruir con cierta facilidad, es un sencillo problema técnico, a la madre, por eso del ombligo cicatriz del cordón y por eso de la teta, aunque en menor medida, parece más difícil... vamos, creo yo..., aunque un día llegará en que casi también, y sin traumas ni leches.

Pinto Godinho se había ido acercando a nado lento hasta el borde del estanque de los patos y desde allí, medio cuerpo dentro del agua y el otro medio acodado fuera, interrumpió a Lauari Bujudmi:

283

-Y entonces, los niños mal alimentados no tendrán por qué abrazar a los niños bien alimentados porque todos los niños estarán bien alimentados...

-Eso es. Perspicacia la tuya, chico.

-...Y aunque no puede saberse si mal o bien alimentados, por lo menos sí se puede saber que igual de alimentados...

Muchos rieron las palabras del chico portugués quien, como de vuelta de otra realidad al escuchar las risas, miró con cara de sorpresa al grupo y se adentró de nuevo en el estanque/piscina a nado. Luna Lorenzo comentó que era la primera vez que oía un tan largo discurso en boca de Pinto Godinho. Rocco se desnudó y se echó al agua para nadar un rato. Unos cuantos más le siguieron. Otros se habían ido retirando a dormir.

-¿Y sigue María de la Soledad con su embarazo, Antonio? -preguntó el Bujudmi.

-En este último viaje apenas habló de él, pero seguro que sí.

Se enredaron un rato, entre broma y veras, en discusiones acerca del famoso embarazo de la prima de Antón Dolores. Llevaba años, desde la muerte de Antón, diciendo que se sentía preñada de su primo muerto; pero nunca daba a luz. Lo raro era que muchos de los análisis que con cierta periodicidad se hacía hacer -cuando la obsesión era más



284

acuciante, sobre todo- daban positivo, y otros negativo, sin ninguna aparente relación lógica con situaciones exteriores, según el decir de María de la Soledad. Mientras para Luna Lorenzo era un caso psíquico peculiar, y el padre del cuchillo sonreía socarrón, para Abdallah Benamar y para otro sector cuyo portavoz en esta ocasión fue la chiquilla Leila Naser que, agotada de cumbiar o lo que fuera, acababa de incorporarse a la tertulia de “cháchara seria” del patio del estanque de los patos, el caso del embarazo de María de la Soledad entraba dentro de la más absoluta normalidad, misteriosa pero posible.

-Puede llevar en su vientre un niño dormido -explicaba Leila Naser- que ella sabe de su primo Antón y que, de vez en cuando, de ahí que un análisis de embarazo pueda dar positivo, se despierta y sigue desarrollándose, pero que puede dormirse otra vez, y de ahí que otro análisis pueda dar negativo. Creo que es un caso clarísimo de eso, y yo conozco algún otro.

-Eso es muy raro -era Pino Corso quien hablaba-. No entiendo mucho de esas cosas, pero yo creo que lo que le pasa es que a veces está preñada porque sí, y el análisis da positivo, y luego mea el niño antes de que se desarrolle, o lo que sea, sin darse cuenta, y se despreña.

-Ya se nota que tú no sabes nada de eso -replicó caliente la Leila Naser-. Un niño no se puede mear así como así.

-¡Anda ya! Yo tuve una tía mía que meaba piedras -de nuevo Pino Corso, con espontaneidad.

-Pero eso es otra cosa. Además, aunque fuera posible que se despreñase así de fácilmente, puede quedar preñada también de forma natural después de un sueño muy intenso, y si ella dice que de su primo Antón

Dolores, es de él, porque una mujer lo sabe mejor que nadie. Una mujer puede ser cubierta en el sueño por alguien a quien ella ame mucho...

285

-¿Aunque esté muerto? -y Pino comenzaba a incomodarse al sentirse el centro de atención del grupo divertido-. También yo puedo soñar...

-¡Claro que sí! -remató Leila triunfal-. ¡Pero no puedes quedar preñado!

La tertulia ya no daba para más y la gente, divertida, se fue poco a poco hacia sus rincones, Pino algo hosco al sentirse vagamente derrotado por la dialéctica de aquella chiquilla oriental. Gina, Antonio y el padre del cuchillo siguieron un rato bajo el pino viejo y charlaron sobre su próximo viaje a casa de Borondón. Luego se fueron a dormir al rincón de Gina y Luna en el ala sur.

4.4.

Engalanaron el galeón para la salida con abundantes gallardetes de países reales e inventados, banderolas de forma caprichosa y colores disparatados, a todo trapo la bandera de la Gran Confederación. Todo eran despedidas y mensajes, cartas y regalos de gente para gente. El tiempo era bueno, calma blanca en la mar, y el primero de agosto atracaban en el Grao.

**Sigue en 4.4, en 02-02.- Los 7 viajes de G.M.**